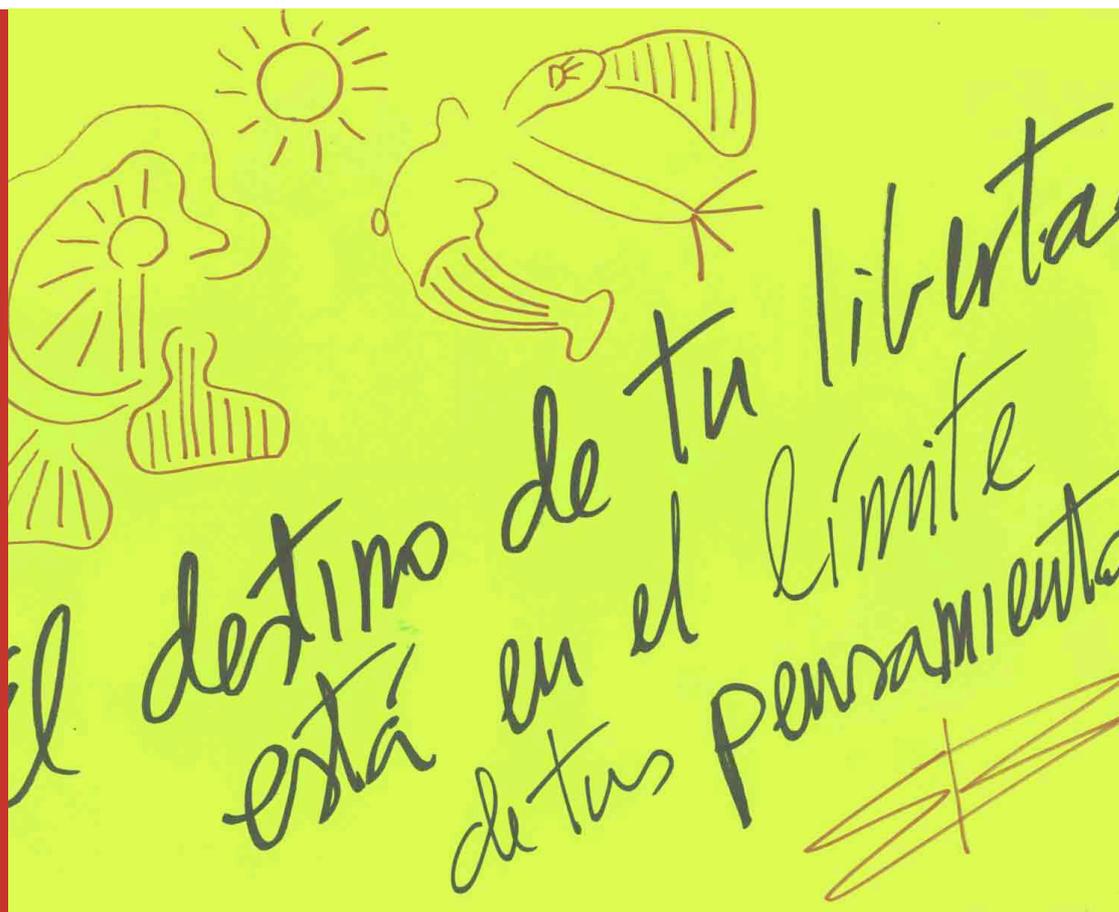


YO, ME CONSTRUYO

5 de febrero de 2014

A través de un relato personal, expreso lo que voy siendo; y a la vez me construyo a mí mismo como sujeto de mi relato.



Deconstruyendo lo impuesto, construimos nuestro destino.

por Adrián Soto Salmerón, traigobuenasnoticias@gmail.com

Continuando con la lectura de *Escuela y Modernidad*, de Nacho Rivas, me siento inspirado para escribir y transformar, transformar y escribir.

Sintéticamente, esta lectura (hasta donde he leído), nos habla sobre la génesis y características de la Modernidad como proyecto político, social, moral, epistemológico y económico.

Un proyecto, que, forjándose principalmente en los últimos cuatro siglos, se propuso, y aún se mantiene, como modelo privilegiado de civilización civilizadora, bajo las promesas

de orden, progreso, emancipación, justicia, equidad y felicidad.

De este modo, el modelo de Estado-Nación, bajo el gobierno de las élites económicas, se postula como autoridad autoritaria (disculpad la redundancia), para imponer esta cosmovisión, este modelo; bajo una máscara de supuesta democracia y sirviéndose de una serie de principios morales a través de los cuales se legitima a sí misma.

Principios e ideas que supuestamente emanan de una supuesta "razón" objetiva, acompañada de una visión del ser humano extremadamente individualista. Escuelas y

academias, sirven de transmisoras para forjar la voluntad de la sociedad, socializar y reproducir de acuerdo a esta cosmovisión.

Y todos estos conceptos, que pueden parecer muy abstractos y académicos, están a tu alrededor si alzas un poco la mirada, pues están presentes en cada una de las dimensiones de nuestra vida: capitalismo, globalización, metodologías educativas basadas en la transmisión unidireccional de un currículum enciclopédico, mundo regido por leyes que aparentan ser objetivas, tecnología producida en base a los paradigmas científico-técnicos que acompañan este modelo civilizador, concepción del ser



“Al principio apenas se nota nada. Un día, ya no se tiene ganas de hacer nada. Nada le interesa a uno, se aburre. Y esa desgana no desaparece, sino que aumenta lentamente. [...]”

Uno se vuelve totalmente indiferente y gris, todo el mundo parece extraño y ya no importa nada.

No hay ira ni entusiasmo, uno ya no puede alegrarse ni entristecerse, se olvida de reír y llorar.

Entonces se ha hecho el frío dentro de uno y ya no se puede querer a nadie.

Cuando se ha llegado a este punto, la enfermedad es incurable. Ya no hay retorno. Se corre de un lado a otro con la cara vacía, gris, y se ha vuelto uno igual que los propios hombres grises. Se es uno de ellos.”

Momo (Michel Ende)



humano como eminentemente racional, pero pretendiendo la racionalidad como algo aislado de otras dimensiones propias de la personalidad holística que nos define...

Y más, mucho más, ejemplos no faltan...

Y retomando con el tapiz de ideas que construí en mi anterior escrito, recojo la idea de construcción social e histórica de todo complejo que hoy hemos venido a llamar “El proyecto civilizador de la Modernidad”.

Así pues, parto de la idea de que este proyecto es una construcción relativa, indeterminada, inacabada y subjetiva; lo que nos abre un universo de posibilidades de cara a analizar esta cultura, que hemos mamado desde cachorros; deconstruirla y construir un posicionamiento personal y colectivo más acorde con nuestras propias ideas, intereses y concepción del sentido de la vida y de las relaciones sociales.

Esto es, en definitiva, lo que entiende Pérez Gómez, -padre de mi pensamiento pedagógico- por Educación. Y es desde este posicionamiento, que comparto e integro, en el que yo sitúo mi acción y pensamiento, tanto en mi transformación personal, como en la proyección educativa y transformadora que desde ahí construyo en mis escritos, en mis relaciones dialógicas con las personas, y en el proyecto de investigación-acción comunitaria Jaulas Abiertas (del que os hablaré en breve).

Y de cara a ese análisis y deconstrucción, me sirvo de las herramientas conceptuales llegaron a mi vida de la mano de Claudio Naranjo, en su libro, Cambiar la Educación para Cambiar el Mundo.

Y así llegamos al concepto de patriarcado. Sobre este concepto ya hablé detenidamente en un ensayo que

realicé acerca de dicho libro, que reciclo en este artículo, recomponiendo un nuevo tapiz.

Para poder definir la concepción de Patriarcado con la que me identifico, antes considero necesario entrar un poco en el universo teórico-conceptual de C. Naranjo, que propone una identificación de una serie de valores y actitudes con lo femenino (madre), con lo masculino (padre), y con lo infantil (niño).

Cada polaridad se corresponde con un tipo de amor y con una serie de características:

Masculino: Un amor-adoración, que infunde respeto y autoridad. Se suele asociar con el amor a las ideas o a los ideales, así como a lo celestial. Está emparejado con el intelecto, la razón, etc. Lo masculino también se relaciona con la fuerza, la competitividad, el individualismo...

Femenino: Un amor-compasión, que infunde ternura, generosidad, que se caracteriza por su carácter empático. Relacionado con las emociones, con el amor a la naturaleza, a lo pequeño e individual (amor de madre a hijos, etc.).

A este respecto, por ejemplo, podemos observar cómo se asocia la figura de la madre cuando hablamos de la “Madre Tierra”, y la del padre cuando hablamos de “Padre Celestial”. Se relaciona con el aquí y el ahora, lo terrenal, el amor y cuidado del otro...

Infantil: Un amor-goze hacia lo relacionado con los instintos, los placeres, y la felicidad.

Sin embargo, estos tres factores (femenino, masculino e infantil), trascienden a su simplista identificación de lo masculino con el hombre, lo femenino con la mujer, y lo infantil con el niño; sino que más bien, a pesar de que lo masculino tiene bastante correlación con el hombre, lo femenino con la mujer, y lo infantil con l@s niñ@s, lo trascienden.

De tal manera que todos los individuos, seamos hombres o mujeres, tenemos esa estructura tripartita, todos tenemos algo femenino en nosotr@s, también algo masculino y algo infantil. Asimismo, la humanidad, o más correctamente, las diferentes culturas, civilizaciones, son a su vez organismos que también contienen esa estructura tripartita.

Sin embargo, ocurre que a lo largo de la historia de la humanidad, se ha ido produciendo un fuerte y terrible (por sus consecuencias) desequilibrio de dicha estructura tripartita. Ese desequilibrio se ha tornado en lo que C. Naranjo denomina “Mente Patriarcal”, que es una preponderancia de lo masculino, y de la figura del padre. Al darse ese desequilibrio, todo lo positivo que puede tener lo masculino, o la figura del padre, se transmuta en negativo, pues pierde todo lo positivo de lo femenino y de lo infantil, de la madre y del niño, que son los que estaban contrarrestando esos aspectos negativos de lo masculino y del padre.

“Llamaré “mente patriarcal”, o, si se quiere, ego patristico para referirme a ese complejo de violencia, desmesura, grandeza e insensibilidad [...] Al decir que una “mente patriarcal” subyace al problema patriarcal de la sociedad, he caracterizado a ésta, hasta ahora, como una sociedad en que las relaciones de dominio-



sumisión y de paternalismo-dependencia interfieren en la capacidad de establecer vínculos adultos solidarios y fraternales [...] Así como domina el “pater familias” sobre “su” mujer y “sus” hijos, domina en nosotros la voz de la sociedad patriarcal represiva sobre la voz de nuestro aspecto materno y sus valores matrísticos, e igualmente sobre nuestro “niño interior”. De esta mente patriarcal, naturalmente, han cristalizado nuestras formas de vida, instituciones y leyes, que en una crisis de obsolescencia, nos vemos en la necesidad de reconsiderar y, tal vez, dejar atrás”. (Claudio Naranjo, La mente patriarcal).

El desequilibrio en nuestra estructura patriarcal, es decir, “la mente patriarcal”, se ha extendido y se extiende a través de instituciones religiosas, educativas, medios de comunicación de masas y demás agentes socializadores (como la familia, etc.). Y todo este desequilibrio, esta hegemonía de lo masculino, de la figura del padre, se refleja en el estado de sumisión al que el hombre ha reducido a la mujer y al niño, tanto a nivel individual, como social.

Es como que una especie de principio paterno que se ha infundido a toda la sociedad, y eso ha venido ocurriendo tanto a través de la religión del gran padre celestial al que todos debemos devoción y sumisión (o si no iremos al infierno), como a través de las instituciones “educativas” (con la figura del maestro al que todos deben obedecer, los deberes, las obligaciones, etc.), pasando por las familias, en las cuáles tanto la figura de la mujer como la del niño estaban sometida a la figura paterna. Sin olvidar la figura paterna en la que se convierten los Estados a través de gobiernos paternalistas que buscan generar ciudadanos obedientes, sumisos, dependientes, egoístas, e incapaces de determinar por sí mismos sus propias vidas.

La televisión encarna también el principio paterno, por el mero hecho de que las personas tienen que sentarse y ver, limitarse a ser seres pasivos y creer todo lo que esta dice. La televisión se convierte así en un padre que va informando (en el sentido de inducir una forma concreta) a su mujer e hijos. Por ejemplo, en los telediarios vemos constantemente a la figura paterna (Matías Prats, etc.), concediéndole nosotr@s total credibilidad. Está muy estudiado cómo debe ser el tono de voz, los rasgos, las imágenes, etc., para llegar a alcanzar esa credibilidad. Así, la televisión se convierte en una especie de Dios Padre que configura nuestra existencia, y nos manipula, entre otros medios a través de la manipulación de nuestras emociones, pulsiones e instintos.

Lo patriarcal también está intrínseca e intensamente relacionado con una negación de la vida, de lo corpóreo, del mundo de la acción, de lo concreto, del aquí y el ahora. Esta negación de la vida se manifiesta de muchas maneras, como por ejemplo, a través de la cantidad de asesinatos de animales que día tras día se producen en las factorías de “alimento cárnico”.

En general, se trata de la negación de la vida digna, tanto de los seres humanos como del resto de animales (o del medio ambiente mismo). Negación de la vida que se produce constantemente al ingerir tóxicos como el tabaco, el humo de los coches, las grasas hipertrofiantes de las hamburguesas del MacVomit...

O la negación de la vida que se produce cada día que no sabemos vivir, cada día que postergamos nuestra libertad en pos de una falsa seguridad y una inestable y aparente “estabilidad” que sostienen los pilares de nuestra existencia en base a miedos, desconocimientos y odios.

Y es que como señala C. Naranjo, la “mente patriarcal”, con su adoración a lo divino, al más allá y al mundo de las palabras (alejadas de los hechos), hace que nos alejemos de la vida, de lo inmanente e inmediato; que se atrofién nuestros sentidos; que nuestra conciencia no sea consciente de muchas cosas; que no nos escuchemos a nosotr@s mismos; que pongamos la consecución de la felicidad en la materialización de nuestros caprichos consumistas.

Se produce una negación de lo corpóreo que se refleja en la represión sexual, en la obsesión por tapar nuestra desnudez como si fuera un pecado, algo malo. Con Platón comenzó una transmutación de los valores, y se pasó de lo corpóreo al mundo de las ideas, y de ahí a la adoración de un gran Dios Padre y la creencia de que esta es una vida transitoria cargada de sufrimiento en la que tenemos que resignarnos y ser sumisos y obedientes si queremos alcanzar el perdón divino y su cielo.

En esa transmutación de los valores que ya Nietzsche señaló como el comienzo de la decadencia, se producen una serie de cambios. Cambios que tienen el común denominador de alejar cada vez más el mundo de la palabra del de la acción, la vida del más allá.

Así, el catolicismo promueve y potencia el pudor hasta la exageración, mientras “enarbola la bandera de la compasión”. Sin embargo, tal y como ocurre hoy en día, fruto de esta “mente patriarcal”, las palabras distan

de los hechos, los políticos se llenan la boca de palabras como “libertad, igualdad, justicia, etc.”, mientras que invaden países expandiendo su imperio, a la fuerza.

La ternura, la espontaneidad, la generosidad, la compasión, la mirada al otro desde el corazón..., todo ello y mucho más queda reducido a la marginalidad en las culturas patriarcales que se han globalizado a día de hoy.

Esos valores que se asocian a lo femenino, como pueden ser la empatía, la solidaridad (el amor a los demás y a uno mismo); o a los niños, como puede ser el deseo de disfrutar de la vida, de la libertad, de los instintos, etc.; han quedado reprimidos por la voz desmedida de la autoridad paterna, que a modo de policía se ha metido en nuestras cabezas, y ha formado un gobierno represivo y dictatorial que nos ha confinado a ver la vida a través del intelecto (¡y ni eso!). Así pues, el patriarcado se ha encargado de discriminar, marginar, reprimir, y odiar lo femenino y lo infantil.

“En el dominio masculino puede verse la raíz del predominio de la razón sobre la emoción en la mayor parte del mundo civilizado, así como el predominio de la explotación sobre el cultivo, de la agresión sobre la ternura y de la competencia sobre la colaboración”. (Claudio Naranjo, *Cambiar la Educación para cambiar el mundo*).

